

A lo largo de las paredes de esta sacristía hay armarios con columnas floridas y festoneadas del mejor gusto. Encima de ellos existe una pila de espejos de Venecia, cuyo uso no me explico, á no ser que sirvan para adorno, puesto que están demasiado altos para mirarse en ellos. Más arriba todavía están colocados por orden cronológico los retratos de los obispos de Burgos, desde el primero hasta el que ocupa la sede en la actualidad. El centro de la sala lo ocupan un enorme aparador é inmensos cestos donde se guardan los utensilios del culto, y bajo dos fanales se conservan como curiosidad dos árboles de coral, de ramos menos complicados que cualquier arabesco de la catedral.

Atravesamos otra sala de escaso valor arquitectónico, cuando nos rogaron que alzáramos la cabeza y miráramos un objeto curiosísimo, consistente en un enorme cofre sujeto á la pared con grapas de hierro. No cabe imaginar cofre más remendado, desvencijado y carcomido; seguramente es el más antiguo del mundo, y una inscripción negra que dice: *Cofre del Cid* da gran importancia á aquellos tablonos podridos. Según las crónicas, aquel cofre es el que Ruy Diaz de Vivar, conocido con el nombre de Cid Campeador, llevó como prenda (cuando, aunque héroe, andaba falto de dinero), lleno de arena y piedras, á casa de un honrado usurero y prestamista judío, prohibiéndole que abriera el misterioso cofre antes de que le devolviera la cantidad tomada á préstamo, lo cual demuestra que los usureros de aquella época eran más tratables que los de nuestros días; pocos judíos, y aun pocos cristianos, se encontrarían hoy tan cándidos y bonachones que aceptarían semejante garantía.

**El claustro.—Casas y puertas.—El teatro y los actores.—  
La cartuja de Miraflores.—El general Thibaut y los huesos  
del Cid.**

El claustro está lleno de tumbas, cuya mayor parte están cerradas con verjas espesas y fuertes; estas tumbas, todas de personajes ilustres, están abiertas en el espesor del muro, historiadas con blasones y bordadas con esculturas. En una de ellas ví un grupo de María y Jesús, de gran hermosura, y una quimera, mitad animal, mitad arabesco, de la más extraña y sorprendente invención.

Vi sobre una puerta una encantadora estatuita de la Virgen, de preciosa ejecución y extraordinario atrevimiento en la idea. En lugar del ademán modesto y contrito que se da generalmente á la Virgen, el escultor la ha presentado con una mirada en que la voluptuosidad se mezcla con el éxtasis y con la embriaguez de una mujer que concibe á un Dios. De pie, con la cabeza echada hacia atrás, aspira con el alma y con todo el cuerpo el rayo flamígero exhalado por la paloma simbólica, con una mezcla de ardor y de pureza, de rara originalidad.

Imposible es particularizar todas las obras maestras que hay en la iglesia; hablaré sólo de algunas.

Parémonos ante una Pasión de Jesucristo, de Felipe de Borgoña, el cual no fué francés, aunque

el apellido, ó más bien el sobrenombre, parece indicarlo. Es uno de los bajorrelieves más grandes que hay en el mundo, y según usanza gótica, está dividido en varios departamentos. El huerto de los Olivos, el camino del Calvario, la crucifixión entre los dos ladrones, inmensa composición que por la perfección de las figuras y lo acabado de los pormenores supera á cuantas delicadezas y suavidades hicieron Alberto Durero, Hemlink ú Holbein con sus pinceles de miniaturistas. Aquella epopeya de piedra termina con un magnífico descendimiento al sepulcro; los grupos de apóstoles dormidos que ocupan las partes inferiores del Huerto de los Olivos son casi tan hermosos y de estilo tan puro como los profetas y los santos de Fra Bartolomeo: las cabezas de las santas mujeres al pie de la cruz tienen una expresión poética y dolorosa, cuyo secreto sólo poseyeron los artistas góticos. Los soldados llevan trajes raros, como se representaban en la Edad Media los personajes antiguos, judíos ú orientales, cuyas vestimentas eran desconocidas. Acabóse esta obra en 1536.

Hablemos de la sillería del coro, admirable trabajo, sin rival quizá en el mundo. Cada silla es un portento: representan escenas del Antiguo Testamento en bajorrelieves y están separadas una de otra por quimeras y animales fantásticos en forma de brazos de sillón. Hay allí inspiración inagotable, abundancia nunca vista, invención perpetua en la idea y en la forma; aquello es un mundo nuevo, una creación aparte tan completa y rica como la de Dios, en que las plantas viven, los hombres florecen, las ramas terminan en manos, las piernas en hojas, la quimera de astutos ojos abre las membranosas alas y el delfín monstruoso arroja agua á torrentes por las fosas nasales. Es un enredo inex-

tricable de florones, de lotos, de acantos, de flores con empenachados cálices, de peces imposibles, de sirenas y dragones extravagantes, cuya explicación es imposible para todo idioma: fantasía libérrima reina en aquellas incrustaciones, cuyo tono amarillo sobre el fondo obscuro de la madera la hace parecer pintura de vaso etrusco. Esos dibujos, donde asoma el genio pagano del Renacimiento, no guardan relación alguna con el destino de la sillería, y á veces la elección de asunto denota que se olvidó la santidad del lugar. Hay niños que juegan con máscaras, mujeres que bailan, gladiadores que luchan, aldeanos que vendimian, muchachas que atormentan ó acarician á un monstruo fantástico, animales que tocan el arpa, y hasta chiquillos que imitan en la taza de una fuente al famoso *Manne-Ken-Piss* de Bruselas.

La capilla del Condestable es por sí sola toda una iglesia. Ocupan el centro las tumbas de don Pedro Fernández de Velasco y de su mujer, que son de mármol blanco y de magnífica labor. El hombre está echado, con armadura de guerra enriquecida con arabescos de excelente estilo; la mujer tiene un perrito al lado, y los guantes y los ramajes de su vestido de brocado están hechos con exquisita delicadeza. Las cabezas de ambos esposos descansan sobre cojines de mármol adornados con su corona y sus blasones. El retablo está esculpido, dorado, pintado, lleno de arabescos y columnas, y representa la circuncisión de Jesús, con figuras de tamaño natural.

En la sacristía próxima á la capilla se ve empujada en la madera una Magdalena atribuida á Leonardo de Vinci; la suavidad de las medias tintas oscuras, fundidas con lo claro en gradaciones insensibles, la ligereza del toque en la cabellera y

la perfecta redondez de los brazos, dan verosimilitud á esta suposición. También se conserva en la capilla el díptico de marfil que el condestable se llevaba á la guerra y ante el cual hacía oración.

Una gran escalera de hermoso dibujo con magníficas quimeras esculpidas nos admiró. Ignoro adónde lleva, pero es digna del más deslumbrador palacio.

El altar mayor de la capilla del Duque de Abrantes es una de las cosas más raramente imaginadas que pueden verse, y representa el árbol genealógico de Jesucristo. El patriarca Abraham está echado en la parte inferior de la composición, y en su fecundo pecho se sumergen las melenudas raíces de un árbol inmenso, cada una de cuyas ramas lleva á un antepasado de Jesús, y se subdivide en tantas ramitas como descendientes hay.

La capilla de Santa Tecla es lo más extraño que se puede imaginar. El arquitecto y el escultor parece que se propusieron amontonar el mayor número de adornos posible en el menor espacio; bien lo lograron, y desafiaría yo al ornamentador más industrioso á que encontrara sitio en toda la capilla para un solo rosetón. Aquello es del mal gusto más rico, más admirable y más encantador. Todo son columnas salomónicas rodeadas de pámpanos, volutas arrolladas hasta lo infinito, cabezas de querubines alados, enormes nubes, llamas de pebeteros, rayos abiertos como abanicos, todo dorado y pintado con pinceles de miniatura. La santa, cercada por las llamas de la hoguera, atizadas por sarracenos de extravagante vestimenta, alza los hermosos ojos al cielo y lleva en la mano una rama bendita.

Los órganos, de formidable tamaño, tienen baterías de tubos dispuestos en plano transversal,

como cañones, de un efecto amenazador y belicoso. Cada capilla particular tiene su órgano, pero más chico.

Hay también en la catedral de Burgos una Sacra Familia sin nombre de autor, que me parece obra de Andrés del Sarto, y cuadros góticos de madera de Cornelio Van Eyck, semejantes á otros que hay en la galería de Dresde. No son raros los cuadros alemanes en España, y los hay de rara belleza. Mencionaré de paso algunos cuadros de fray Diego de Leiva (que se metió fraile en la cartuja de Miraflores á los cincuenta y tres años), entre otros el del martirio de Santa Casilda, á quien cortó el verdugo ambos pechos; brota la sangre á borbotones de dos manchas rojas que dejó en el pecho la carne amputada. Los dos pechos yacen al lado de la santa, que mira con febril y convulsiva expresión de éxtasis á un ángel de semblante soñador y melancólico, que le trae una palma. Estos espantables cuadros de martirios abundan en España, donde el amor al realismo y á la verdad en el arte se llevan hasta el último límite. No perdona el pintor ni una gota de sangre; hay que ver los nervios cortados que cuelgan, la carne viva que se estremece, y cuya púrpura sombría contrasta con la blancura exangüe y azulada de la piel, las vértebras rotas por la cíuitarra del verdugo, las señales violentas impresas por las varas y látigos de los atormentadores, las llagas abiertas que vomitan agua y sangre por la livida boca; todo se reproduce con aterradora verdad. Ribera pintó en este género cosas que harían retroceder horrorizado al mismo verdugo, y son realmente indispensables la formidable belleza y la energía diabólica que caracterizan á aquel gran maestro para que se tolere la feroz pintura de matadero, que parece haber

sido hecha para canibales por un ayudante de verdugo. Se le quitan á uno las ganas de ser mártir, y el ángel con su palma parece escasa compensación para tan atroces tormentos. Y aun Ribera niega alguna vez tal consuelo á los torturados y los deja retorcerse como pedazos de serpientes en unas tinieblas amenazadoras, no iluminadas por ningún rayo divino.

El célebre y venerado Cristo de Burgos, que no puede verse hasta después de encendidos los cirios, no es de piedra ni de madera pintada; está forrado (según se asegura) de piel humana, con mucho arte y cuidado. La cabellera es real, los ojos tienen pestañas y la corona es de espinas verdaderas. Nada más lúgubre ni más intranquilizador que el alto fantasma crucificado: la piel, de tono añejo y obscuro, está surcada por largos hilillos de sangre tan bien imitados, que parecen correr realmente. Y no se necesita gran esfuerzo imaginativo para dar crédito á la leyenda, según la cual el Cristo sangra todos los viernes. Lleva unas enaguillas blancas bordadas de oro, que le cubren desde la cintura á las rodillas. En la parte inferior de la cruz se ven engastados tres huevos de avestruz, cuyo sentido simbólico no comprendo, como no aludan á la Santísima Trinidad.

Salimos de la catedral deslumbrados, aplastados, ebrios de obras maestras. Vimos la casa del Cid, ó mejor dicho, el sitio donde pudo estar, que consiste en un solar cuadrado, rodeado de guardacantones. No queda ningún vestigio que autorice tal creencia, pero nada demuestra lo contrario, de modo que no hay inconveniente en atenerse á la tradición.

La casa del Cordón, llamada así por el que da vueltas á las puertas, sirve de marco á las venta-

nas y adorna toda la arquitectura, merece también una ojeada.

La Puerta de Santa María, elevada en honor de Carlos V, es una notable labor arquitectónica. Las estatuas colocadas en las hornacinas, aunque achaparradas, tienen cierto carácter de poder y fortaleza, que compensa la falta de esbeltez. Lástima es que deshonren aquella soberbia puerta triunfal no sé qué murallones de yeso, alzados so pretexto de fortificación, y que sería urgente derribar.

Es eso, poco más ó menos, cuanto hay que ver en Burgos.

Queríamos ir al teatro para ver una obra en verso, *El zapatero y el rey*, de Zorrilla (escritor joven muy distinguido, muy en moda en Madrid y autor de siete tomos de poesías, cuyo estilo é inspiración son muy elogiados), pero no había ya billetes en el despacho y hubo que esperar al día siguiente, en que asistimos á la representación de *Las tres sultanas*, zarzuela adornada con bailes turcos muy cómicos. Los actores no sabían jota del papel y el apuntador chillaba á grito herido, dominando la voz de aquéllos. El tal apuntador está protegido por una especie de escudo de latón, redondeado como la bóveda de un horno, contra las patatas, manzanas y cáscaras de naranja con que el impaciente público español suele bombardear á los actores que le desagradan. Cada espectador lleva su provisión de proyectiles en el bolsillo, y si los cómicos representan bien, vuelven los comestibles á su natural destino.

Antes de marcharnos de Burgos fuimos á ver la Cartuja de Miraflores, que está en lo alto de una colina. La parte exterior es austera y sencilla; muros de piedra cenicienta, techumbre de tejas, todo para el pensamiento, nada para los ojos. Dentro

hay largos claustros encalados, puertas de celdas, vidrieras de color con asuntos piadosos, especialmente una ascensión del Señor, de rara composición: el cuerpo del Salvador ha desaparecido ya y no se ven más que sus pies, cuyas huellas quedaron impresas en un peñasco rodeado de santos llenos de admiración. En un patio, en cuyo centro se yergue una fuente de la cual se filtra gota á gota agua cristalina, está el jardín del prior. Los troncos de un emparrado alegran algo la tristeza de las paredes, y escasas plantas y flores crecen de trecho en trecho al acaso y en un desorden pintoresco.

Sombrea el camposanto algunos cipreses, como en los cementerios turcos, y allí yacen cuatrocientos diez y nueve cartujos, fallecidos desde que se construyó el convento; hierba espesa cubre la tierra, donde no hay sepuleros, cruces ni inscripciones. Aquel cementerio anónimo, con su tranquilidad y su silencio, presta reposo al alma; una fuente colocada en el centro llora con lágrimas límpidas como la plata á todos aquellos pobres muertos olvidados; bebí un sorbo de aquella agua filtrada por las cenizas de tanto santo. Era pura y glacial como la muerte.

Pero si la morada de los hombres es pobre, rica es la de Dios. En medio de la nave están los sepulcros de don Juan II y de su mujer la reina Isabel. Asombra que la paciencia humana haya podido llevar á cabo labor semejante. Diez y seis leones, uno en cada esquina, les sirven de base y sostienen ocho escudos con las armas reales. Añadid un número proporcionado de virtudes, figuras alegóricas, apóstoles y evangelistas, haced serpentear entre todo lo dicho ramos, follajes, aves, animales, arabescos, y os formaréis una idea muy vaga del prodigioso trabajo.

El sepulcro del infante don Alonso está al lado del Evangelio, y representa al infante arrodillado frente á un reclinatorio. Una parra, de la cual están pendientes varios niños que cogen uvas, festonea en inagotable capricho el arco gótico que sirve de marco á la composición. Tan maravillosos monumentos son de alabastro, y obra de Gil de Siloe, que hizo también las esculturas del altar mayor; á la derecha é izquierda de éste, que es de singular belleza, se abren dos puertas por las cuales se distingue á dos cartujos, inmóviles en el sudario blanco de su hábito; ambas figuras, que deben de ser de Diego de Leiva, parecen de carne y hueso á primera vista.

Desde lo alto de la colina me hicieron ver en lontananza á San Pedro de Cárdena, donde están las tumbas del Cid y de Jimena. Cuéntase respecto á estas tumbas una extraña anécdota que narraré, sin responder de su autenticidad.

Durante la invasión francesa, al general Thibaut se le ocurrió que trajeran los huesos del Cid desde San Pedro de Cárdena á Burgos, con intención de colocarlos en un sarcófago en el paseo público, para inspirar á la población sentimientos heroicos y caballerescos con la presencia de aquellos restos magnánimos. Añádese que, en un acceso de entusiasmo guerrero, el general acostó cerca de sí la osamenta del héroe, para acrecentar su valor con aquel glorioso contacto, precaución que no le hacía ninguna falta. No se ejecutó aquel proyecto, y el Cid volvió junto á Jimena, á San Pedro de Cárdena, donde se ha quedado definitivamente.